

EDICIÓN  
**42**

**Julio / 2019**

# **EL FARO**

**LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES**

# **El Fuego de Dios**

**SERVICIOS DEVOCIONALES**

**MARTES - JUEVES - DOMINGOS**  
**7:00 PM 7:00 PM 10:00 AM**





# Editorial

El fuego es la reacción química de oxidación violenta y acelerada que sufren las partículas de la materia combustible al hacerse incandescentes, desprendiendo energía en forma de calor y luz, dióxido de carbono y agua. El fuego posee un alto valor cultural en el desarrollo de la humanidad; cuando el hombre aprendió a controlarlo y a producirlo, el fuego afirmó su superioridad como especie.

Empezó a usarse como fuente de calor y control del ambiente, particularmente en climas fríos, lo que dio lugar a que se convirtiera en una forma de cohesión social. También se usó para preparar alimentos y como defensa contra animales. La primera referencia al fuego en la Biblia la encontramos cuando el Señor echó del huerto del Edén al hombre; Dios puso querubines y una espada encendida que giraba en todas direcciones, para guardar el camino del árbol de la vida (H3858 lahat, flama o prender en fuego. Génesis 3:22,24). Cuando Dios apareció a Abram en una visión, le dijo que le daría muchas riquezas; Abram le respondió: Para qué quiero riquezas si no tengo a quien heredarlas cuando muera. El Señor lo llevó fuera y le dijo: Mira el cielo y sus muchas estrellas. ¿Verdad que no puedes contarlas? ¡Pues tampoco será posible contar a tus descendientes! Para cerrar el pacto, el Señor le pidió que trajera ciertos animales, Abram los partió por la mitad y al ocultarse el sol, Dios le dijo: Quiero que sepas que tus descendientes irán a vivir a un país extranjero.

Ahí los harán esclavos y los maltratarán durante cuatrocientos años. Sin embargo, yo castigaré a ese país y haré que tus descendientes salgan de allí con grandes riquezas. Morirás en paz y al fin de cuatrocientos años, tus descendientes podrán volver a este país, pues los amorreos que ahora lo ocupan son tan malvados que en ese tiempo los expulsaré. Al anochecer apareció un horno humeante y una antorcha de fuego pasó entre los anima-

les y el Señor hizo un pacto con Abram por el que prometió dar a sus descendientes la tierra de Canaán (Génesis 15). Dios se manifestó a su pueblo en muchas oportunidades por medio del fuego; a Moisés, el libertador de Israel, se le apareció el ángel del Señor en una llama de fuego en medio de una zarza; Moisés miró y he aquí, la zarza ardía en fuego y la zarza no se consumía. En medio de aquella visión, el Señor lo comisionó para que sacara a Israel de Egipto (Éxodo 3). Cuando salieron de aquella tierra, el Señor iba delante de ellos, de día en una columna de nube para guiarlos por el camino y de noche en una columna de fuego para alumbrarlos, a fin que anduvieran de día y de noche (Éxodo 13:21). Cuando el Señor entregó a Moisés la Ley en el Sinaí, todo el monte humeaba, porque el Señor había descendido sobre él en fuego (Éxodo 13:18).

El libro sagrado también nos habla de cómo el profeta Elías, pidió a Dios que descendiera fuego sobre el altar en el monte Carmelo (1 Reyes 18). En el Nuevo testamento aparece Juan el Bautista diciendo: Yo a la verdad os bautizo con agua para arrepentimiento, pero el que viene detrás de mí es más poderoso que yo, a quien no soy digno de quitarle las sandalias; Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego (Mateo 4:11). El día de pentecostés, luego de la resurrección de Cristo, descendió el Espíritu Santo sobre los discípulos y se les aparecieron lenguas como de fuego que, repartiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos (Hechos 2:3). El Señor dijo: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer. Si alguno no permanece en mí, es echado fuera como un sarmiento y se seca, y los recogen, los echan al fuego y se queman (Juan 15:5,6). En esta ocasión estaremos viendo cómo el fuego del Señor, se manifiesta en nuestras vidas transformándonos para siempre.



## Director General

Pastor Pedro Legrand

## Portada y Edición

Pastor Pedro Legrand  
Jonatan Aguilar

## Redacción y corrección de estilo

Pastor Pedro Legrand  
Jonatan Aguilar  
Jorge Vasquez  
Reina Solis

## Redactores del ministerio

17 Avenida 5-62 Zona 1  
Ciudad de Guatemala

Teléfono / whatsapp:  
+502 54744779

idcluzdelasnaciones@gmail.com  
www.idcluzdelasnaciones.com



**Si esta revista ha sido de bendición para tu vida.**

Puedes enviar tu contribución al No. de cuenta:  
02-0018258-6,  
del Banco G&T Continental  
a nombre de:  
*Iglesia Luz de las Naciones*



# Moisés

De todos los hombres de la tierra, el Señor escogió a Abraham para hacer de él el patriarca del pueblo de Israel, a quienes Dios tomó para que se convirtieran en su pueblo escogido (Génesis 18:19). El Señor sacó a Abraham de su tierra y de su parentela para cumplir en él su buena palabra, aquel varón cuyo nombre era Abram, creyó al Señor y le fue contado por justicia (Génesis 15:6; Santiago 2:23). El Señor dio a Abraham un hijo llamado Isaac y este a su vez, engendró a Jacob a quien el Señor también cambió de nombre y aun de naturaleza llamándolo Israel; de quien descienden las doce tribus, cada una llamada por el nombre de sus hijos. Dentro de los doce, había uno llamado José, a quien sus hermanos vendieron como esclavo. Después de pasar un proceso muy duro, José fue puesto como gobernante sobre toda la tierra de Egipto y se convirtió en padre para Faraón (Génesis 45:8). Mientras comandaba sobre Egipto, hubo gran hambre sobre la tierra y Jacob envió a sus hijos a Egipto a buscar alimento; inesperadamente José se reveló ante ellos y envió por su padre, en ese momento Israel descendió y moró en la tierra de Egipto y su pueblo se extendió.

Se levantó un nuevo faraón que no conocía a José y sometió al pueblo de Israel a un yugo de esclavitud y durante cuatrocientos años Israel sufrió bajo el yugo de aquella nación. Al escuchar el Señor el clamor de su pueblo, se acordó de ellos y escogió a un hombre llamado Moisés, a quien su familia había salvado de la matanza de los hijos varones, decretada por el rey de Egipto. Moisés fue rescatado por la hija de Faraón de las aguas del Nilo, esta mujer buscó una nodriza para que amamantara y criara al niño, cuando creció fue entregado a la hija de Faraón y ella llegó a ser su madre. Un día luego de muchos años, Moisés fue a visitar a su pueblo y vio con pena todo el trabajo que ellos hacían y también encontró a un egipcio lastimando a uno de sus hermanos, por lo que esperó a que no hubiera nadie y se abalanzó sobre él y lo mató; escondió el cuerpo en la arena y se fue, al día siguiente encontró a dos hebreos peleando entre sí y dijo al que tenía la culpa ¿Por qué golpeas a tu hermano? Y aquel hombre le respondió: ¿Y quién te ha dicho que tú eres nuestro jefe o nuestro juez y que puedes mandarnos? ¿Acaso piensas matarme como mataste al egipcio? Al oír esto, Moisés se llenó de miedo y dijo: “Seguramente ya se supo que maté al egipcio”. En efecto, como el rey de Egipto se había enterado del

asunto, mandó a matarlo, pero Moisés huyó y llegó a la tierra de Madián donde conoció a Séfora su esposa y a su suegro Jetro. Un día cuando estaba apacentando las ovejas de su suegro, las condujo hacia el lado occidental del desierto y llegó a Horeb el monte de Dios y vio a lo lejos una zarza que estaba prendida en fuego y dijo: Me acercaré ahora para ver esta maravilla: por qué la zarza no se quema, este fue su primer contacto con el fuego de Dios. Cuando el Señor vio que Moisés se acercaba para mirar, lo llamó de en medio de la zarza y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Entonces el Señor dijo: No te acerques aquí; quítate las sandalias de los pies, porque el lugar donde estás parado es tierra santa (Éxodo 1, 2, 3). Como pudimos observar, Moisés fue criado en la tierra de los egipcios y aunque vivía entre ellos, él no pertenecía a ese pueblo. Moisés es figura de nuestra vida, pues es cierto que vivimos en este mundo, pero no pertenecemos a él y no luchamos como los seres humanos que viven en él (PDT 2 Corintios 10:3).

Podemos notar también la actitud de Moisés, cuando vio el sufrimiento de uno de sus hermanos que era atacado por un egipcio, decidió intervenir en el asunto dándole muerte; esto nos enseña la actitud que debemos tomar en contra de las fuerzas del mal, como dice la Palabra, por tanto, someteos a Dios. Resistid, pues, al diablo y huirá de vosotros (Santiago 4:7), pues recordemos que nuestra lucha no es contra carne ni sangre, sino contra principados, potestades, gobernadores de las tinieblas de este siglo, huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (RV60 Efesios 6:12). El Señor habló a Moisés diciéndole “quítate las sandalias de los pies”, Dios había escogido a este hombre para ser libertador de su pueblo, pero antes de poder cumplir con ese llamado, el primero en ser liberado debía ser el mismo Moisés, pues de gracia damos lo que recibimos y Moisés recibió de parte del Señor la libertad (Mateo 10:8). Cuando el pueblo de Israel salió de Egipto, el Señor puso para el pueblo una columna de fuego por la noche y una columna de nube de día para que avanzaran; Faraón junto con su ejército, salió en persecución de los israelitas y les dio alcance cuando éstos acampaban junto al mar, cerca de Pi Ajirot y frente a Baal Zefón. Y el ángel de Dios que había ido delante del campamento de Israel, se apartó e iba tras ellos; y

la columna de nube que había ido delante de ellos, se apartó y se les puso detrás. Y vino a colocarse entre el campamento de Egipto y el campamento de Israel; y estaba la nube junto con las tinieblas; sin embargo, de noche alumbraba a Israel, y en toda la noche no se acercaron los unos a los otros; al día siguiente los israelitas pasaron el mar Rojo y los egipcios fueron cubiertos por las aguas y así el Señor se glorificó en Faraón y su ejército, librando a Israel de sus perseguidores (Éxodo 13, 14:1-20). El fuego del Señor descendió a la tierra como una lámpara que iluminaba al pueblo escogido, mientras que la oscuridad de la noche, cubría a sus enemigos, quienes fueron destruidos por las mismas aguas que salvaron a los hebreos.

Tres meses después de la salida de Egipto, el pueblo de Israel llegó al monte Sinaí y Moisés subió para encontrarse con el Señor y Él dijo a su pueblo: ...Si en verdad escucháis mi voz y guardáis mi pacto, seréis mi especial tesoro entre todos los pueblos... vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa. Al escuchar aquellas palabras Israel dijo a una voz: Haremos todo lo que el Señor ha dicho. Después de esto el Señor dio orden a Moisés para que santificara al pueblo y se prepararan para encontrarse con Él al tercer día, pero no podían traspasar los límites que Dios había puesto, pues quien los traspasara debería morir (Éxodo 19).

Como podemos notar el Señor habló en aquel monte a su pueblo de manera especial, dándoles una promesa, la cual se cumpliría a la llegada del Mesías. Cuando el Señor Jesús tabernaculizó entre nosotros, dice la Escritura que, a lo suyo vino y los suyos no lo recibieron (Juan 1:14), por lo cual se abrió una brecha para el pueblo gentil como dice el apóstol Pablo: Porque no os habéis acercado a un monte que se puede tocar, ni a fuego ardiente, ni a tinieblas, ni a oscuridad, ni a torbellino, ni a sonido de trompeta; os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial... Y a Jesús el mediador del nuevo pacto y a la sangre rociada que habla mejor que la sangre de Abel. Por lo tanto, acerquémonos al Señor y a su monte santo, para que la gloria de su fuego llene nuestras vidas.



# Nadab y Abiú

La Biblia nos relata cómo el pueblo de Israel creció y se multiplicó en Egipto, pero cuando vieron esto los egipcios, tuvieron temor y procedieron astutamente para que no se multiplicaran. Los oprimieron con arduos trabajos, pero cuanto más los oprimían más se multiplicaban, por lo que los egipcios los obligaron a trabajar duramente, haciendo ladrillos y trabajos de campo, todo lo que hacían se los imponían con severidad. Entonces clamaron a Dios y cuando Él oyó, se acordó del pacto que había hecho con Abraham, Isaac y Jacob, por lo que levanto a Moisés para que libertara al pueblo de Israel. Cuando Moisés y Aarón fueron a ver al rey de Egipto, le dijeron que los dejara ir al desierto para adorar al Señor y ofrecerle sacrificios. Pero el faraón les contestó que no conocía al Señor y que no le obedecería; así que ordenó que el trabajo de los israelitas se les hiciera más difícil y exigieran la misma cantidad de ladrillos. Les dijo a los capataces, que los mantuvieran tan ocupados, para que no escucharan la voz de Moisés y Aarón (Éxodo caps.1-5).

Esto nos habla acerca que el rey de este mundo (satanás), siempre se levanta en contra del pueblo de Dios y no permite que el pueblo adore al Señor con libertad, queriendo poner nuevamente el yugo de opresión del que nuestro señor Jesucristo nos hizo libres; por tanto, permaneced firmes y no os sometáis otra vez al yugo de esclavitud (Gálatas 5:1). Por la dureza del corazón de Faraón, vinieron varias plagas a Egipto, que forzaron al rey a sacar a los israelitas. Cuando el pueblo de Israel salió, lo hizo con grandes riquezas y caminaron por el desierto hasta que llegaron al monte Sinaí, donde el Señor le dijo a Moisés, que debía subir; y estuvo allí por cuarenta días y cuarenta noches hablando con el Señor. Dios le dio a Moisés, las instrucciones del tabernáculo que debía levantar, le dijo que había escogido a su hermano Aarón y a sus hijos Itamar, Nadab, Abiú y Eleazar para que le sirvieran como sacerdotes, asimismo sobre las vestiduras que debían usar; también los artífices que le ayudarían en esta obra tan extraordinaria, pues debían hacer todo el mobiliario del tabernáculo como el altar de bronce, el lavacro, el arca del pacto, la lámpara de aceite, la mesa de la proposición y el altar del incienso. Cuando la obra estuvo terminada, Moisés levantó el tabernáculo y ungió a Aarón y sus hijos, por lo

que tuvieron que quedarse por siete días dentro del tabernáculo. Al octavo día, ofrecieron un holocausto a Dios y Aarón alzó sus manos y bendijo al pueblo, cuando volvieron a salir Moisés y Aarón bendijeron al pueblo, entonces la gloria de Jehová se apareció a la congregación y salió fuego de la presencia de Dios que quemó todo lo que estaba sobre el altar. Ante esto, todo el pueblo lanzó gritos de alegría y se inclinó hasta tocar el suelo con la frente para adorar a Dios (Levítico 9:24 BLS). Podemos notar cómo fue el principio del ministerio sacerdotal según el orden de Leví, debían presentar un sacrificio al Señor que fuera grato. Vemos que un sacerdote debía estar siempre ministrando la presencia del Señor al pueblo, pues el sacerdocio es un estatuto perpetuo, donde el fuego de Dios se manifestaba al pueblo, quemando el holocausto. Según la ley del holocausto ordenada a los hijos Aarón, el fuego debía permanecer encendido sobre el altar toda la noche, hasta la mañana.

El sacerdote debía vestir su túnica y calzoncillos de lino fino, para tomar las cenizas a las que se había reducido el holocausto y ponerlas junto al altar. Luego debían cambiarse sus vestiduras y salir del campamento con las cenizas, dejándolas en un lugar limpio. El fuego debía mantenerse encendido sobre el altar, no se debía apagar, sino que el sacerdote debía quemar leña en el altar todas las mañanas, el fuego se debía mantener encendido continuamente en el altar (Levítico 6:9-13). A cada uno de nosotros, Jesucristo nos hizo reyes y sacerdotes, lo que nos hace ministros de la presencia del Señor no una vez al año, sino que cada día, pues hace a sus ministros llama de fuego (Hebreos 1:7), por eso mismo debemos circuncidar nuestro corazón, no endurecer nuestra cerviz, aborrecer las obras de la carne y anhelar como niños recién nacidos la leche pura de la Palabra; como piedras vivas, seamos edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo (1 Pedro 2:5 NBLH). Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron sus incensarios y luego de poner fuego en ellos, echaron incienso en él, ofrecieron delante del Señor fuego extraño; estaba indicado para los sacerdotes usar solamente el fuego del altar, mas ellos presentaron fuego común o extraño delante de la presencia del Señor, fuego que Él

no les había ordenado y de la presencia del Señor salió fuego que los consumió y murieron. Entonces Moisés dijo a Aarón: Esto es lo que el Señor habló, diciendo: "Como santo seré tratado por los que se acercan a mí, y en presencia de todo el pueblo seré honrado." Y Aarón guardó silencio (Levítico 10:1-3). Como podemos ver, las cosas de Dios son santísimas y no podemos confundir lo santo con lo profano, como dice la Palabra: No estéis unidos en yugo desigual con los incrédulos, pues ¿qué asociación tienen la justicia y la iniquidad? ¿O qué comunión la luz con las tinieblas? (2 Corintios 6:14). El Señor nos da un ejemplo a seguir, que no podemos traer a la casa del Señor, nuestra propia agenda y querer hacer las cosas a nuestro gusto, sino que, todo lo tenemos que hacer bajo la guía de su Palabra y de su Espíritu. Continúa el relato diciendo que Moisés llamó a Misael y a Elzafán, hijos de Uziel, tío de Aarón para que se llevaran los cuerpos y le dijo a Aarón y sus otros dos hijos, que no guardaran luto para que no murieran y para que el Señor no desatara su enojo contra la congregación, sin embargo, todo Israel se lamentó por lo sucedido.

Entonces el Señor habló a Aarón diciendo: No beberéis vino ni licor, tú ni tus hijos contigo, cuando entréis en la tienda de reunión, para que no muráis (es estatuto perpetuo por todas vuestras generaciones) y para que hagáis distinción entre lo santo y lo profano, entre lo inmundo y lo limpio, para que enseñéis a los hijos de Israel todos los estatutos que el Señor les ha dicho por medio de Moisés (Levítico 10:4-11), por esto, algunos comentaristas bíblicos consideran que Nadab y Abiú entraron a la Presencia del Señor, ebrios, menospreciando la santidad del Señor. La Palabra nos indica que Nadab y Abiú murieron sin tener descendencia (Números 3:4), esto nos habla sobre los frutos de aquellos hombres, pues un árbol bueno, da frutos buenos, pero el malo da frutos malos; asimismo agrega que, todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado al fuego (Mateo 7:15-19). Es importante ver, que aquellos hombres que habían sido escogidos por Dios para servirle en el sacerdocio, corrompieron su llamado y terminaron muriendo sin honra; Dios nos llama nación santa, real sacerdocio, así que sirvamos al Señor, dando a Él la honra debida.



# Elías

Desde su descubrimiento, el fuego ha jugado un papel muy importante para la humanidad, ya que a través de él, se comenzaron a realizar diferentes trabajos de importancia; entre ellos podemos hablar de cocinar el alimento, forjar las herramientas de trabajo, hornear ladrillos y otros materiales de construcción, etc.; con el fuego podemos moldear y eliminar la impureza de materiales como el oro, plata, bronce, hierro. Este proceso de purificación, lo hace el Señor sobre la humanidad, antes de su venida y se menciona en la Escritura: Pero ¿Quién podrá soportar el día de su venida? ¿Y quién podrá mantenerse en pie cuando Él aparezca? Porque Él, es como fuego de fundidor y como jabón de lavaderos. Y Él se sentará como fundidor y purificador de plata y purificará a los hijos de Leví y los acrisolará como a oro y como a plata y serán los que presenten ofrendas en justicia al Señor (Malaquías 2:2,3).

A través de esto nos podemos dar cuenta, que las impurezas de nuestro corazón deben ser quitadas, para que no seamos apartados de su presencia, como en el caso del pueblo de Israel, quienes desviaron su mirada del Dios viviente y adoraron a dioses extraños, apartándose de la verdad, olvidando los mandamientos del Señor y saciando sus propios deseos, entregaron sus familias a maldiciones generacionales. La Biblia nos dice que en la tierra hubo gran hambre, como nunca había habido antes, Israel descendió a Egipto, donde fueron esclavos, por cuatrocientos años, mas el Señor, escuchó el clamor de su pueblo y levantó a un hombre de la tribu de Leví llamado Moisés, el primer encuentro de aquel varón con el fuego del Señor fue en Horeb, el monte Dios.

Moisés apacentaba el rebaño de su suegro Jetro, cuando vio a la distancia una zarza, la cual ardía en llamas sin consumirse y dijo para sí: Me acercaré y veré cuán grande maravilla, al acercarse a la zarza Dios apareció en medio de ella y le habló diciendo: no te acerques aquí; quítate las sandalias de los pies, porque el lugar donde estás parado es tierra santa (Éxodo 3:2-5). El Señor llamó a su siervo desde la zarza ardiente y al haberse encontrado con el Dios del fuego, su vida fue transformada, convirtiéndose así en el libertador de su pueblo. Posteriormente, cuando subió al monte para que el Señor le entregara las tablas de la Ley, el pueblo de Israel, podía ver a la distancia, como la gloria de Jehová era como un fuego abrazador en la cima del monte, pues la gloria de Jehová reposó

en aquel lugar (Éxodo 24:16-18). El corazón de los hijos de Israel, siempre se apartaba de seguir al verdadero Dios; esto sucedió en tiempos de Acab, quien hizo lo malo delante del Señor, más que todos los reyes de Israel que fueron antes que él y como si fuera poco el andar en los pecados de Jeroboam, tomó por mujer a Jezabel y fue a servir a Baal y lo adoró.

Dios escogió a Elías tisbita, para hacer volver el corazón del pueblo al Señor. Elías dijo a Acab: Vive el Señor, Dios de Israel, delante de quien estoy, que ciertamente no habrá rocío ni lluvia en estos años, sino por la palabra de mi boca. Al tercer año, Elías se presentó delante del rey y cuando Acab vio a Elías, le dijo: ¿Eres tú el que turbas a Israel? Y él respondió: Yo no he turbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, dejando los mandamientos de Jehová y siguiendo a los baales. Reúneme a todo Israel en el monte Carmelo y a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y a los cuatrocientos profetas de Asera, que comen de la mesa de Jezabel. Estando todo el pueblo reunido, Elías dijo: ¿Por cuánto tiempo van a estar cambiando de dios? Tienen que decidirse por el Dios de Israel o por Baal. Y si Baal es el verdadero dios, síganlo a él y el pueblo no contestó nada. Entonces pidió que llevaran dos bueyes, uno para los profetas de Baal y otro para él y agregó diciendo: Córtenlo en pedazos y pónganlo sobre leña, pero no pongan fuego debajo y el Dios que respondiere por fuego, ese será el verdadero Dios y el pueblo respondió, bien dicho.

Ellos tomaron el buey e invocaron el nombre de Baal diciendo: ¡Baal, respóndenos! Pero no había voz, ni quien respondiese; ellos clamaban a grandes voces y se cortaban con cuchillos y lancetas, hasta chorrear sangre, hasta la hora de ofrecerse el sacrificio de la tarde. Entonces dijo Elías al pueblo: Acérquense a mí y todos se acercaron y Elías construyó el altar de Dios, que estaba derrumbado. Edificó con las piedras un altar en el nombre de Jehová; después hizo una zanja alrededor del altar, en que cupieran dos medidas de grano. Preparó luego la leña, cortó el buey en pedazos y lo puso sobre la leña. Y dijo tres veces: Llenad cuatro cántaros de agua

y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña, de manera que el agua corría alrededor del altar y también se había llenado de agua la zanja. Cuando llegó la hora de ofrecerse el holocausto, se acercó el profeta Elías y dijo: Jehová Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel y que yo soy tu siervo y que, por mandato tuyo, he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú eres Dios y que tú vuelves su corazón a ti.

Entonces cayó fuego de Jehová y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo y aun lamió el agua que estaba en la zanja. Cuando todo el pueblo vio eso, se inclinó hasta tocar el suelo con su frente y dijo: ¡El Dios de Israel es el Dios verdadero! ¡El es el Dios verdadero! (1 Reyes 18:17-39). Como podemos ver, necesitamos en este tiempo hombres como Elías, llenos del poder del Espíritu Santo, para tornar el corazón del pueblo de nuevo hacia Dios; el profeta Malaquías advirtió que, antes que venga el día del Señor, día grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que venga yo dice el Señor y hiera la tierra con maldición (Malaquías 4:5,6). El Señor envió su ángel al sacerdote Zacarías, para decirle que su esposa Elizabeth tendría un hijo, al cual llamarían Juan, él sería grande delante del Señor; no bebería ni vino ni licor y sería lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre. Y agregó el ángel: él hará volver a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios e irá delante de Él (Cristo), en el espíritu y poder de Elías para hacer volver los corazones de los padres a los hijos y a los desobedientes a la actitud de los justos, a fin de preparar para el Señor un pueblo bien dispuesto. (Lucas 1:13-17).

Como hemos visto, es necesario que el fuego de Dios venga a derribar todo altar idólatrico que hay dentro de nuestro corazón, que consuma toda impureza e incredulidad, hasta que quede limpio de toda contaminación, para que el altar de Dios sea restaurado en nosotros y podamos volvernos restauradores de corazones y así podamos hacer volver el corazón de los hombres hacia Dios.



# El Horno de Fuego

El libro de Génesis nos habla de un hombre llamado Abraham, a quien Dios le prometió que lo haría una gran nación, sería de bendición y engrandecería su nombre (Génesis 12,13). Cuando Abraham salió de su parentela, llegó hasta Siquem a la encina de More y edificó un altar porque el Señor se le apareció allí; en sus jornadas, anduvo desde el Neguev hasta Betel y allí invocó el nombre del Señor. Dios también le dijo que le daría la tierra, pero Abraham le preguntó cómo sabría que la poseería y Dios le dijo que le llevara una novilla, una cabra, un carnero, una tórtola y un pichón; cuando Abram llevó todo, el sol se ocultó, apareció un horno humeante y una antorcha de fuego pasó en medio de los animales; ese día Dios hizo un pacto con Abram, que le entregaría a su descendencia toda la tierra, desde el río de Egipto hasta el río Eufrates (Génesis 15). Como vemos en el relato anterior, Abraham era un hombre que levantaba altares a Dios, lo que nos enseña que él era un adorador y en un altar, siempre debe haber un sacrificio; vemos que la actitud con la que Abraham se presentaba delante del Señor, era con acción de gracias, pues la mejor ofrenda es la humildad, el Señor no desprecia a quien con sinceridad se humilla y se arrepiente. (Salmos 51:17 BLS).

Tal y como el Señor dijo, entregó la tierra prometida a los descendientes de Abraham, pero los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos del Señor adorando a otros dioses, por lo que el Señor los entregó a las naciones que los rodeaban. Una y otra vez los israelitas provocaban la ira de Dios por servir a otros dioses. Cuando Joacim reinaba en Judá, Nabucodonosor rey de Babilonia, sitió Jerusalén y el Señor la entregó en sus manos. El rey mandó que llevara algunos jóvenes nobles de la familia real, en quienes no hubiera defecto alguno, de buen parecer, inteligentes en toda rama del saber, dotados de entendimiento, habilidad para discernir y que tuvieran la capacidad para servir en el palacio del rey. Entre ellos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, a quienes el Señor les dio conocimiento e inteligencia en toda clase de literatura y sabiduría. Cuando Nabucodonosor habló con aquellos varones, no se halló ninguno como ellos en todo asunto de

sabiduría y conocimiento que el rey les consultó, los encontró diez veces superiores a todos los magos y encantadores que había en todo su reino (Daniel 1). Joacim siendo el rey de Judá (alabanza) había hecho lo malo ante los ojos de Dios, lo que provocó que fuera llevado cautivo él y parte del pueblo a Babilonia (confusión); hoy en día existen grupos de alabanza que han sido atrapados por la confusión de Babilonia y han hecho que el pueblo del Señor sea confundido, se hicieron amigos del mundo y han olvidado que quien es amigo del mundo es enemigo de Dios (Santiago 4:4). Sin embargo, para nosotros está el ejemplo de estos cuatro varones que creían en el Señor y no se avergonzaron, sabían que creer en Dios el Padre, es agradarlo y hacer el bien, ayudar a las viudas y a los huérfanos cuando sufren y no dejarse vencer por la maldad del mundo (Santiago 1:27 TLA).

Dice la Palabra, que el rey Nabucodonosor, hizo una estatua de oro y mandó a llamar a todos aquellos que tenían autoridad en Babilonia, estando ya todos reunidos empezó el pregonero a anunciar: a todos ustedes el rey les ordena, que al sonido de los instrumentos deben inclinarse y adorar la estatua, quien no se incline será arrojado a un horno de fuego. Sin embargo, algunos judíos no adoraban a la estatua, entre ellos estaban Ananías, Misael y Azarías, a quienes unos varones caldeos los acusaron delante del rey que no adoraban. Por lo que el rey Nabucodonosor se airó mucho y los mando a llamar, cuando estaban delante del rey fueron interrogados y se les dijo que serían echados en un horno de fuego, por no haber adorado la estatua, pero ellos contestaron: Su Majestad, eso no es algo que nos preocupe. Si el Dios que adoramos así lo quiere, es capaz de librarnos del fuego y del poder de Su Majestad. Pero aun si no quisiera hacerlo, nosotros no pensamos adorar esa estatua de oro. Al oír esto Nabucodonosor se enojó mucho e hizo que calentaran el horno tres veces más y mandó que los jóvenes fueran atados y arrojados al fuego que estaba tan caliente, que cuando iban a ser lanzados los muchachos, la llama salía del horno y mato a los hombres del rey (Daniel 3:1-23). La actitud de estos jóvenes, nos enseña que no tenían temor a ninguno otro más que a Dios, aunque respetaban al Rey no tuvieron temor de no obedecer

el mandato, pues cono- cían que no serían avergonzados, porque guardaban los mandamientos de Dios, por lo cual dieron testimonio del Señor aun delante del rey. El Señor Jesucristo dijo: si alguien se declara en favor mío delante de los hombres, Yo me declararé en favor suyo delante del Padre y si me niega delante de los hombres, también Yo le negaré delante de mi Padre (Mateo 10:32-33). Por lo tanto, no debemos avergonzarnos de nuestro Señor, porque debemos testificar de Él en este mundo; porque el dios del mundo ha cegado el entendimiento de los incrédulos, para que no vean la gloria del Señor (2 Corintios 4:3-4). Aquellos jóvenes no fueron avergonzados, pues cuando el rey Nabucodonosor se levantó a ver dijo: Me parece que los jóvenes que echamos al horno eran tres y los tres estaban atados. ¿Cómo es que yo veo a cuatro? Todos ellos están desatados y andan paseándose por el horno, sin que les pase nada. Además, ¡el cuarto joven parece un ángel! Cuando terminó de decir esto, se quiso acercar al horno, pero no pudo y gritó: Sadrac, Mesac y Abed-nego, servidores del Dios altísimo, ¡salgan de allí!

Entonces los tres jóvenes salieron del horno y todas las personas que estaban con el rey, los rodearon y se quedaron sorprendidos, pues el fuego no les había hecho daño, ni aun su piel, su pelo y su ropa olían a quemado; Nabucodonosor exclamó: Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió a su ángel para salvarlos. Tanto confían ellos en su Dios, que no quisieron obedecer mis órdenes. ¡Estaban dispuestos a morir, antes que adorar a otro dios! No hay otro dios que pueda hacer lo que el Dios de estos jóvenes ha hecho. Por lo tanto, ordenó que quien hable mal de este Dios, sea cortado en pedazos y que su casa se convierta en un basurero (Daniel 3:16-30). En los últimos tiempos el amor de muchos se apagará, pues la iniquidad aumentará mucho, como discípulos de Dios seremos odiados, pero debemos perseverar hasta el final, pues el Señor nos ha enviado como ovejas en medio de lobos, aunque atravesemos las aguas, crucemos los ríos, no nos ahogaremos y aunque atravesemos el fuego no nos quemaremos; porque si amamos a Dios y le obedecemos, Él nos librará de los malvados (Salmos 97:10 TLA).



# Jesús y el Fuego

La carta a los hebreos empieza diciendo que en el pasado, es decir en el Antiguo Testamento, Dios habló en muchas ocasiones y de diversas maneras a los padres mediante los profetas, ahora, en este tiempo final, Dios nos habló por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el mundo (Hebreos 1:1,2). Durante el período llamado Inter-testamentario, Dios mantuvo silencio por cuatrocientos años; desde que Malaquías terminó su mensaje, no hubo voz en Israel ni en Judá que trasladara la voluntad del Padre. Isaías había profetizado unos 600 años antes, que vendría el día en que el Señor consolaría a su pueblo y dijo: Hablad al corazón de Jerusalén y decidle a voces que su lucha ha terminado, que su iniquidad ha sido quitada, que ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados. Una voz clama: Preparad en el desierto camino al Señor; allanad en la soledad calzada para nuestro Dios. Todo valle sea elevado y bajado todo monte y collado; vuélvase llano el terreno escabroso y lo abrupto, ancho valle.

Entonces será revelada la gloria del Señor y toda carne a una la verá, pues la boca del Señor ha hablado (Isaías 40:1-5). Todas las jóvenes hebreas en edad casadera, esperaban con ansias ser la madre del mesías, razón por la que había tanto estigma sobre las familias sin hijos. Este era el caso del sacerdote Zacarías y su esposa Elisabet, una de las hijas de Aarón; ellos eran de conducta intachable, temerosos del Señor, pero Elisabet era estéril y ambos eran de edad avanzada. Un día le tocó a Zacarías el turno para entrar al templo y presentar la ofrenda de incienso, cuando se le apareció un ángel, quien le dijo que Elisabet daría a luz un hijo, al cual llamaría Juan (Ioannes G2491 Dado por Dios o Dios gracioso dador); y tendrás gozo y alegría y muchos se regocijarán por su nacimiento. Porque él será grande delante del Señor; no beberá vino ni licor y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre. Y agregé de conformidad con la profecía de Malaquías, cuando dijo: Os envío al profeta Elías antes que venga el día del Señor, día grande y terrible... (Malaquías 4:5,6), y él hará volver a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios. E irá delante de Él en el espíritu y poder de Elías para hacer volver los corazones de los padres a los hijos y a los desobedientes a la actitud de los justos, a

fin de preparar para el Señor un pueblo bien dispuesto (Lucas 1:14-17). En tiempos del rey Herodes, Juan el Bautista llegó predicando en el desierto de Judea diciendo: Arrepentíos porque el reino de los cielos se ha acercado. Porque este es aquel a quien se refirió el profeta Isaías, diciendo: Voz del que clama en el desierto "Preparad el camino del Señor, haced derechas sus sendas." Venían de Judea y de toda la región alrededor del Jordán confesando sus pecados y eran bautizados por Juan en el río Jordán y les decía: El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego. Yo a la verdad os bautizo con agua para arrepentimiento, pero el que viene detrás de mí es más poderoso que yo, a quien no soy digno de quitarle las sandalias; Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. El bieldo está en su mano y limpiará completamente su era; y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja en fuego inextinguible (Mateo 3:1-12).

Como podemos ver, Juan era el precursor del Mesías, él dijo que cuando viniera el Cristo, bautizaría con el Espíritu Santo y con fuego; ese fuego acabaría con los árboles que no dan buen fruto y con la paja.

El Señor Jesús advirtió que debíamos cuidarnos de los falsos profetas, que se visten de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces y son conocidos por sus frutos, ya que todo árbol bueno da frutos buenos; pero el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego (Mateo 7:15-19). Por tal razón Pablo nos enseña que nadie puede poner otro fundamento fuera de Jesucristo, si alguno edifica sobre el fundamento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada uno se hará evidente; pues con fuego será revelada; el fuego mismo probará la calidad de la obra de cada uno. Si permanece la obra, recibirá recompensa y si es consumida por el fuego, sufrirá pérdida; sin embargo, él será salvo, aunque, así como por fuego (1Corintios 3:11-16). Cristo dijo: Yo he venido para encender fuego en el mundo ¡Y cómo me gustaría que ya estuviera ardiendo! Pero primero tengo que pasar por una prueba muy difícil y sufro mucho hasta que llegue ese momento. (TLA Lucas 12:49-53). El Señor sabía que se acercaba el día, en

que sería entregado a muerte de cruz y que el Reino de los Cielos se había acercado y el juicio vendría sobre la tierra. Para la cultura judía, el fuego es un símbolo de juicio y Él tenía que pasar por ese bautismo, para que nosotros no experimentáramos la muerte (Juan 11:25,26). El Señor iba de camino para subir a Jerusalén y comenzó a decirle a sus discípulos lo que sucedería: ...el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas y lo condenarán a muerte... y a los tres días resucitará... Los hijos de Zebedeo se acercaron a Jesús y le dijeron: cuando estés en tu reino, déjanos sentarnos a tu lado, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda; y Él les preguntó ¿Pueden beber el cáliz que yo beberé y recibir el bautismo que yo recibiré? Podemos, respondieron. Jesús agregó: Ustedes beberán el cáliz que yo beberé y recibirán el mismo bautismo que yo, refiriéndose al sufrimiento que tendrían por causa de su nombre (Marcos 10:32-39).

El apóstol Pedro dice que ahora por un poco de tiempo, si es necesario, seremos afligidos con diversas pruebas, para que la prueba de nuestra fe, más preciosa que el oro que perece, aunque probado por fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo (1 Pedro 1:6,7). Antes de ser llevado al cielo, el Señor reuniendo a sus discípulos, les mandó que no salieran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, el bautizo con el espíritu Santo y cuando lo recibieran, le serían testigos en Jerusalén, Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra (Hechos 1:4-8). Cuando llegó el día de Pentecostés, vino del cielo un ruido, como el de una ráfaga de viento que llenó la casa donde estaban y se les aparecieron lenguas como de fuego, que repartiéndose se posaron sobre ellos y fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba habilidad para expresarse (Hechos 2:1-3). Ese mismo fuego lo podemos recibir todos los cristianos, cuando tenemos la llenura del Espíritu Santo, pues dice: El que hace a sus ángeles, espíritus y a sus ministros, llama de fuego (Hebreos 1:7), es por esto que Pablo recuerda a Timoteo, que avive el fuego del don de Dios que hay en él (2 Timoteo 1:6), recordemos pues siempre estar llenos con el fuego del Espíritu y así nunca probaremos el fuego inextinguible del infierno, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga (Marcos 9:43,44).



# Santa Cena



4 de agosto 2019 10:00 a.m.  
17 av. 5-62 Zona 1



Radio online  
**EL FARO**  
Llevando Luz a las Naciones



Sintonízanos  
24 / 7

